

UN BERCIANO FALA DE DON CAMILO

El berciano que firma estas líneas escribe y habla en castellano -el mejor castellano que puede-, pero de la lengua vecina toma, por invencible seducción, palabras de las que goza mucho, incorporándolas con todo descaro y sin entrecomillados ni cursivas. (Quede advertido el hermano impresor, que ya no será cajista ni linotipista sino operador en algún aparato inquietante.) Mejor que el cuidado o la ternura, el agarimo. Y menos sombrío que la muerte el pensamiento...

En ese orden de gustos apetécame falar de don Camilo José Cela. Hace algunos años, por el verano, me encontré al Premio Nobel (que todavía no lo era) en el Parador de Turismo de Villafranca. Lo convidé a cenar cerca de la plaza mayor, donde entonces ofrecía sus barbaridades culinarias el restaurante La Charola. De la cocina casi incluida en el salón comedor salió Pepín el charolo secándose las manos en el delantal, se acercó a nuestra mesa y se agachó junto a mi invitado, le faltó poco para arrodillarse:

- ¡Cuánto honor-, don Camilo, cuánto honor!

-Y el de Padrón, con su voz tremenda como de sochantre de Mondoñedo:

-Levanta de ahí que che pego una hostia.

Le expliqué a Pepín que eran cousas de don Camilo, la manera que éste gasta para expresar su afecto, y todo ocurrió en paz y amistad y buenos alimentos.

Cela y yo nos conocíamos de Palma de Mallorca, de cuando fui al Centenario de Fray Junípero Serra con unos versos mercenarios que escribí inspirándome en el Espasa y merecieron la flor de jazmín real y el condigno premio en metálico. Camilo estuvo hospitalario con los poetas que habíamos acudido al evento (nos encabezaba José García Nieto), pero exigente y puntillos con las autoridades en materia de protocolo, que ya él era académico y no perdonaba detalle que pudiera afectar a su condición excelsa. Me abrió su casa de la Bonanova, me dedicó algunos de sus libros. Andando el tiempo, pintaron bastos en mi salud y me escribió "Desengáñate, Antonio matar un berciano es casi tan difícil como matar un gallego. Más vale así y hechos, cantan. Enhorabuena, por la vida y por los versos."

Después han seguido ocasiones y encuentros. León, Madrid, incluso Río de

Janeiro en un cabaré de mulatas frondosonas. Cuando le dieron el Nobel me eché un poco para atrás. Y bien sabe Dios y sabe Camilo que no en el cariño sino en la cautela para no apuntarme a la turba de quienes le piden prólogos, pregones locales, respuestas a cuestionarios, caralladas.